

## NOTAS SOBRE CRÍTICA

Sin cierta flexibilidad del gusto no hay buen gusto. Sin cierta amplitud tolerante del criterio, no hay crítica literaria que pueda aspirar á ser algo superior al eco transitorio de una escuela y merezca la atención de la más cercana posteridad.

Temperamento de crítico es el que une al amor por una idea ó una forma de arte—nervio y carácter de sus juicios—la íntima serenidad que pone un límite á los apasionamientos de ese amor, como lo fija á las tempestades de la tierra la paz de las alturas.—Recuerdo haber escrito alguna vez que en la aleación del alma del crítico grande y generoso, es indispensable elemento una buena porción de aquella sustancia etérea, vaga, dotada de infinita elasticidad, fácilmente adaptable á las más opuestas manifestaciones del pensar y el sentir, que veía el gran estético de la Enciclopedia en el alma multiforme del cómico.—Agregaré que la más elevada aspiración de un espíritu literario ha de cifrarse en la ciudadanía de la *ciudad ideal* que imaginaron en Weimar los dos geniales colaboradores de *Las Horas* y á la que debía llegarse por la armonía de todos los entusiasmos y la reconciliación de todas las inteligencias.

Leopoldo Alas traduce acertadamente en máxima de crítica la frase famosa de Terencio: «No me es ajeno nada de lo que es humano».—El mejor crítico será aquel que haya dado prueba de comprender ideales, épocas y gustos más opuestos.

Si hubiera de graduarse el nivel á que alcanza en la clasificación de las inteligencias el espíritu de cada escritor, tomando por base sus aspiraciones respecto á la crítica que ha de pronunciarse sobre sus obras, yo propondría la fórmula siguiente:—El escritor de noble raza es aquel que ambiciona, ante todo, ser comprendido. El vulgar escritor es aquel que procura, ante todo, ser elogiado.

El ministerio de la crítica no comprende tareas de mayor belleza moral que las de ayudar á la ascensión del talento real que se levanta y mantener la veneración por el grande espíritu que declina.

Reservad la benevolencia de la crítica para juzgar las caídas de los grandes y no la empleéis en cohonestar la inepticia de los pequeños.

Lo que Benthám define, en los *Sofismas políticos*, la «disposición absolutamente necesaria á la naturaleza humana que nos lleva á admitir sobre la palabra de los demás, no solamente hechos, sino también opiniones», puede oponerse á menudo á las ventajas del examen libre y personal y de la espontaneidad del pensamiento y el gusto, en los críticos poco reflexivos ó poco audaces. Pero con relación al nivel vulgar de la crítica privada de la superioridad que es necesaria para aspirar á alzarse en rebeldía contra las leyes del común pensar y sentir, ese im-

perio de las opiniones autorizadas es una sana fuerza conservadora que mantiene el orden en los dominios del pensamiento. Sin el límite que ella opone á la ingenuidad de la ignorancia y el mal gusto, críticos habría que llamaran hombre de genio á Jorge Ohnet y fastidioso á Cervantes.

El crítico que al cabo de dos lustros de observación y de labor no encuentre en aquella parte de su obra que señala el punto de partida de su pensamiento, un juicio ó una idea que rectificar, una página siquiera de que arrepentirse, habrá logrado sólo dar prueba, cuando no de una presuntuosa obstinación, de un espíritu naturalmente estacionario ó de un aislamiento intelectual absoluto.

La crítica de Boileau podría simbolizarse en un aula de muros austeros y sombríos donde una palabra de entonación dura y dogmática impone la autoridad de un magisterio altanero.—En la crítica de Villemain, ó la de Valera, respiramos un tibio y perfumado ambiente de salón, donde se conversa con donaire exquisito sobre cosas de arte.—La de Taine nos lleva á un magnífico laboratorio, en el que un experimentador opulento, que es á la vez hombre de selecto buen gusto, ha puesto la suntuosidad de un gabinete de palacio.—La de Gautier nos conduce por una galería de cuadros y de estatuas.—Leyendo á Macaulay nos parece hallarnos al pie de la tribuna, bajo el imperio de una elocuencia avasalladora.—Con Menéndez Pelayo penetramos en una inmensa biblioteca.—Con Sainte-Beuve y Bourget nos allegamos al archivo íntimo que guarda condensada el alma de un autor.

Hay también, allá en los arrabales de la ciudad del pensamiento, un tugurio estrecho y miserable, donde un mendigo senil ve pasar, con mirada torva y rencorosa, á los favorecidos con los dones y triunfos de la vida: juventud, fortuna, belleza.

Es la crítica por quien dura y maldice eternamente, en el mundo literario, el espíritu de Zoilo.

La lucha del «contenido inefable» que existe en todo espíritu, con la insuficiencia del verbo limitado y rebelde, que hacía anhelar al poeta de las «Rimas» poder trocar el «idioma mezquino» de los hombres por otro que diese á un tiempo sensación de suspiros y de risas, de notas y colores, suele atormentar también el espíritu del crítico, al esforzarse por traducir en palabras ciertas reconditeces del pensar, ciertas delicadezas de la emoción estética, ciertos matices del juicio.—Tiene, entendida así, un sentido profundo la frase con que termina el autor de *Apolo en Pafos* su examen de cierto libro de Pereda: «La crítica debiera auxiliarse á veces de la música. Sólo con una melodía muy tierna y dulce podría juzgarse de la belleza más recóndita de la última parte de *La Montálvez*.»

José E. RODÓ.